

Antonio de Ciudad Real

“De cómo el padre comisario prosiguió su viaje hasta entrar en el obispado de Nicaragua y llegar al Viejo”

p. 201-205

Antonio de Ciudad Real

Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España. Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al padre fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España siendo comisario general de aquellas partes

Tomo I

Josefina García Quintana y Víctor M. Castillo Farreras
(edición, mapas, apéndices, glosarios, índices y estudio)

Tercera edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1993

274 + [CC] p.

Mapas

(Serie Historiadores y Cronistas de Indias 6)

ISBN 968-36-2810-9 (obra completa)

ISBN 968-36-2797-8 (tomo I)

Formato: PDF

Publicado en línea: 14 de junio de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156_01/tratado_curioso.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

ban que llegara tan de mañana y que por eso estaban descuidados. Allí comió el padre comisario y no se detuvo más de hasta la tarde.

[CAPÍTULO XXXVI]

Dé cómo el padre comisario prosiguió su viaje hasta entrar en el obispado de Nicaragua y llegar al Viejo

Éstos indios mexicanos pipiles, de quien se ha tratado, es gente muy devota de nuestros frailes y de las cosas de la iglesia; son dóciles, domésticos y serviciales y llegan desde el pueblo de Los Esclavos hasta el río de Lempa, hablan la lengua mexicana corrupta, pero entiéndenla muy bien; éstos hay en aquello de San Salvador muchos y algunos dellos están en cargo de nuestros frailes y acuden a nuestro convento, del cual se dirá adelante cuando se trate de la visita de aquella provincia, que al presente lleva mucha prisa el padre comisario, el cual el mismo domingo en la tarde, once de mayo, habiéndole dado el síndico un mulato esclavo suyo que le guiase hasta la cibdad de San Miguel y le acompañase hasta Nicaragua, salió de San Salvador como a las tres, y pasado un arroyo al salir del pueblo, y después muchas casas y milperías de indios y andada una legua de cuestras arriba, llegó a un poblecito pequeño llamado Cotacuxca, de los mismos indios y obispado, de la guardianía de San Salvador. Salióle a recibir todo el pueblo puestos en procesión, con su cruz, y ofrecieronle pan y granadas; pasó de largo después de habérselos agradecido y andada otra legua llegó temprano a otro poblecito de los mismos indios, obispado y guardianía, llamado Tetzacuango, donde fue recibido de la misma manera y se le hizo mucha caridad y regalo; descansó allí aquella noche y acudieron murciélagos mordedores como los de Nexapa y mordieron a uno de los compañeros, al cual también habían mordido otros en el mismo Nexapa y sacádole mucha sangre.

Lunes doce de mayo salió el padre comisario de madrugada de aquel pueblo y luego subió y bajó una cuesta muy alta, pasando a la bajada muchos malos pasos, y andadas dos leguas llegó antes que amaneciese a un buen pueblo llamado Olocuilta, beneficio de un clérigo de los mismos indios y obispado. A la entrada del pueblo comenzó a caer un aguacero tan recio que fue menester alargar el paso y recogerse en casa del clérigo para poder defender de su furia. No estaba allí el beneficiado; durmió el padre comisario en una sala en el suelo, sobre el manto, hasta que pasó

el agua y amaneció y lo mismo hicieron los compañeros. Había por aquellos pueblos gran hambre, y para remediarla algún tanto comían los indios de unas hormigas grandes que hay en aquella tierra, las cuales vio el padre comisario aquella madrugada en Tetzacuango y que andaban los indios con la lumbré a caza dellas para comerlas y venderlas en los *tiánguez*.

Siendo ya de día salió el padre comisario el mismo lunes de aquel pueblo con una agua menuda, y pasadas muchas cuestras y barrancas y andada legua y media llegó a un pueblo pequeño llamado Tacpan, de los mismos indios y obispado, visita del mismo clérigo; pasó de largo y bajadas muchas cuestras de no muy buen camino y pasado un río, llegó a otro pueblo, visita también de clérigos, de los mismos indios y obispado, llamado Xalotzinagua, media legua de Tacpan; pasó también adelante, y por un camino llano y por unas dehesas y prados muy vistosos de la costa del Mar del Sur, llenos de ganado mayor, andadas tres grandes leguas en que se pasan tres ríos, el uno de los cuales es grande y se llama Xiboga, y un arroyo con que se riegan los cacauatales, llegó el padre comisario a otro gran pueblo llamado Santiago Nonalco, de los mismos indios y obispado, beneficio de otro clérigo, el cual no estaba allí, pero en sabiendo su llegada vino por la posta aquella tarde y le regaló mucho, y hizo mucha caridad, que era muy devoto; detúvose allí el padre comisario todo aquel día. Junto al pueblo de Tacpan sobredicho, cerca del mismo camino, a la banda del norte, hay un pedazo de tierra en una hondura tan profunda e inaccesible, que es imposible llegar allí cosa viva si no fuese por milagro; llámanle los baqueanos de aquella comarca la Tierra santa, pero ninguno habrá tan desesperado que quiera sacar reliquias della, porque será imposible salir con ello.

Martes trece de mayo salió el padre comisario de aquel pueblo muy de madrugada, y andada legua y media en que se pasan dos arroyos llegó muy de noche a otro pueblo llamado San Juan Nonalco, de los mismos indios, obispado y visita; pasó de largo, y pasado otro arroyo y algunas barrancas, y andada media legua, llegó antes que amaneciese a otro pueblo grande de los mismos indios, obispado y visita, llamado Zacatecoluca, en que residen algunos españoles, junto al cual, a la banda del norte, está un volcán muy alto llamado de Zacatecoluca. Pasó el padre comisario también de largo por aquel pueblo, y caminando por un atajo llegó aún de noche a una estancia que se dice de Lobo, en la cual anduvo perdido un buen espacio de tiempo y se detuvo otro tanto en pasar un atolladero porque estaba malo y dificultoso. El camino de aquel atajo y aun todo el que el padre comisario llevó desde San Salvador hasta allí, no se puede andar en tiempo de invierno por las muchas aguas, ciénagas y ríos, y así



a la vuelta, que era este tiempo, echó por otra parte, como después se dirá. Pasado el atolladero sobredicho y aquella estancia, salió al camino real, y pasadas otras algunas estancias y cinco o seis arroyos y un riachuelo, llegó, alto ya el sol, al río de Lempa, cuatro leguas de Zacatecoluca. Es aquel río poderosísimo, críanse en él muchos y muy disformes lagartos; pasóle el padre comisario por una barca que halló a punto, y subida después una cuesta y pasadas unas casas o venta que están junto al mismo río, prosiguió su viaje, y andada legua y media en que se pasan algunas barrancas y dos riachuelos, llegó muy cansado y fatigado del sol a un poblezuelo del mismo obispado, visita de clérigos, llamado Oxúcar, donde ni hubo qué comer ni aun agua que beber, sino mala y hecha un caldo. Los indios de aquel pueblo y de otros muchos de aquella comarca hablan una lengua llamada potona, diferente de la pipil, y desde allí hasta un pueblo que se dice Eleuayquín, es tierra muy fértil y abundante de cacao, algodón y maíz, y tanto que de ordinario acude cada hanega de sembradura con ciento y sesenta y más. Corre aquella tierra por la costa del Mar del Sur y hay por allí muchas estancias de ganado mayor. Pasada con mucho trabajo la siesta y furia del sol en aquel pueblo de Oxúcar, prosiguió su camino el padre comisario, y andadas dos leguas largas, con un sol que abrasaba las entrañas, llegó a un pueblo mediano de los mismos indios potones y de la misma visita de clérigos y del mismo obispado, llamado Auacayo, donde se le hizo mucha caridad y regalo.

Miércoles catorce de mayo salió de madrugada de Auacayo, y andada media legua pasó por otro pueblo de los mismos indios, obispado y visita, llamado Xiquilisco, y andadas después dos leguas y media de camino llano, llegó a otro llamado Ozolutlán, de los mismos indios, visita y obispado; pasó de largo, y siendo aún de noche y no pudiendo vencer el sueño, se recostó en el mismo camino, el suelo por cama, y durmió un poco; luego volvió a su tarea y andada media legua pasó de largo por otro pueblo llamado Santa María, de los mismos indios, visita y obispado. Junto a este pueblo, una quebrada o barranca en medio, está otro poblezuelo de indios que hablan la lengua mexicana y es visita de nuestro convento de San Miguel y cae en el mismo obispado y llámase Los Mexicanos. También pasó por éste de largo el padre comisario cuando ya amanecía, y andada otra media legua pasó por otro de indios potones llamado Ereuaiquín, del mismo obispado y de la guardianía de San Miguel; y finalmente, andada otra legua en que se pasan dos arroyos, dejando la ciudad de San Miguel a la banda del norte, una legua apartada del camino, llegó a otro pueblo de los mismos indios potones, obispado y guardianía, llamado Xiriualtique. Estaban los indios en sus cacauatales, pero

sabida su llegada acudieron luego algunos y diéronle de comer pargos frescos, pescado muy regalado en aquella tierra.

En aquella guardianía de San Miguel, demás de aquel pueblo llamado como dicho es Xiriualtique, hay otros muchos cuyos nombres se acaban en el mismo consonante; pónense aquí porque el poeta que los leyere no le falten consonantes para alambique, alfeñique, pique y repique y otros. Los pueblos son los siguientes: Amantique, Zapatique, Cingaltique, Colacatique, Culuantique, Chapeltique, Yayantique, Langatique, Lolontique, Quinlocatique, Torotique, Tocorostique, Hualamatique, Huaxcatique, Xauatique y Huaimetique. En este último, según contó fray Alonso de Fonseca, el difinidor que iba con el padre comisario, el cual había sido guardián allí en San Miguel, hay gran suma de palomas como las de España, las cuales en el verano van a comer a unos zacatales o herbazales de la semilla que llevan, que parece a la avena, y después de hartas se van a sestear sobre los árboles; acuden allí los indios en la mayor fuerza de el sol y vanlas ojeando y espantando y ellas huyendo poco a poco de árbol en árbol, llegan a la sabana donde no hay árboles y caen allí cansadas entre las yerbas y cógenlas los indios vivas; caza por cierto muy vistosa y no menos provechosa.

Aquel mismo miércoles en la tarde, catorce de mayo, pasado un buen aguacero salió el padre comisario de Xiriualtique como a las cuatro, y andadas cinco leguas, las tres dellas y más por camino llano, por unas sabanas bien cerca de un volcán muy grande que llaman de San Miguel, llegó a las diez de la noche a otro pueblo pequeño de los mismos indios, obispado y guardianía, llamado Elenuaiquín, donde el guardián de San Miguel y el otro que se dice Nacaome, le recibieron con mucha solemnidad. Salieron los indios a aquella hora en procesión con cruz y ciriales y con candelas blancas encendidas en las manos.

A las tres leguas de las cinco sobredichas hay un mal país de un gran cuarto de legua muy malo de pasar, especialmente de noche y a oscuras como el padre comisario le pasó. A la entrada de este mal paso, ya que estaba metido en él, encontró seis o siete vacas que iban huyendo hacia él de una estancia que está de la otra parte, las cuales, si entonces arremetieran, forzosamente le atropellaran y derribaran y con él a sus compañeros, porque el camino es muy angosto y no hay donde poderse apartar a una parte ni a otra, pero quiso Dios que no lo hiciesen, antes dándoles voces volvieron atrás hasta salir de aquella angostura y aprieto. Pasado aquel mal país está la estancia de donde eran las vacas y otra o otras dos, y luego una montaña alta y espesa, aunque de camino llano, de casi una legua, donde padeció el padre comisario y sus compañeros mucha pesadumbre, porque con la grande obscuridad de la noche y espesura de

los árboles no se vían las ramas que estaban atravesadas e impedían el paso y era menester llevar las manos delante, extendidos los brazos, para desviar las ramas y avisar a voces los unos a los otros que se guardasen de una rama que estaba a tal parte y de otra a tal parte, etcétera, y aun con todo esto se dieron algunos golpes, pero al fin llegaron a Elenuaiquín, como dicho es, y antes de pasar adelante será bien decir, aunque de paso, algunas cosas particulares de aquella comarca, que no ha de ser todo caminar y tragar leguas.

[CAPÍTULO XXXVII]

Del volcán de San Miguel y de una laguna de piedra zufre y otras cosas notables de aquella tierra

El volcán de San Miguel, de quien atrás queda hecha mención, es muy alto y aguzado, en forma piramidal y solía estar entero y intacto hasta que los años pasados reventó por la cumbre y le quedó una boca muy grande por la cual echa mucho humo de cuando en cuando, y así quedó sin la corona o chapiteleo o punta que antes tenía. Dicen los indios viejos que aquel mal país atrás referido, que es de una piedra requemada que parece escoria de hierro, se hizo de la reventazón del volcán y que toda aquella piedra y otra mucha salió dél, y con esto fingen que a vueltas de la piedra salió también una gran sierpe, la cual se fue volando y se metió en una laguna.

No lejos de aquel volcán, que está a la banda del norte, cerca de Elenuaiquín, hay a la misma banda, entre unos cerros, una laguna de donde se saca mucha y muy buena piedra azufre de que hay mucha cantidad, y dicen los indios viejos que antiguamente era volcán y que reventó o se hundió y quedó hecha laguna. Cerquita del dicho volcán, antes de llegar al mal país, a la banda del sur, menos de una legua del camino real, hay una fuente y nacimiento o ojo de agua llamado Uluapan, hecho a manera de estanque o piélago, de un tiro de piedra en box, muy hondo y de agua muy clara, del cual sale un río que luego se mete en el Mar del Sur que está allí cerca. Críanse en aquella fuente muchas iguanas y mojarras y otros pescados, pero a nada desto osan tocar los indios, ni aun se atreven a pegar fuego a una sabana en que cae la dicha fuente, porque dicen que aquellos peces e iguanas fueron hombres en tiempos antiguos, y para probar y persuadir esto cuentan una fábula desta manera: dicen